

AÑO IV

Junio de 2010

Nº 24

## CELEBRACIÓN DEL AÑO SACERDOTAL (2009-2010)



# SACERDOTE EN LA FAMILIA MARIANISTA

*Diego Tolsada*

## G. JOSÉ CHAMINADE, SACERDOTE APUNTES PARA UNA HOMILÍA EN EL AÑO SACERDOTAL

*Emilio Cárdenas*

# SACERDOTE EN LA FAMILIA MARIANISTA

*Diego Tolsada SM*

¿Cuál ha sido mi experiencia como sacerdote en la Familia Marianista? Esta es la pregunta que se me plantea contestar dentro de la serie de artículos que se van sucediendo en “Caminos de convergencia” con motivo del año sacerdotal.

Y la verdad es que me he quedado perplejo ante ella por varios motivos. En primer lugar porque se pide contar la experiencia y no la teoría o las ideas oficiales al uso. Y hablar de uno mismo a mí me cuesta. Resultaría más sencillo buscar unos cuantos párrafos de unos cuantos libros y teorizar sobre el asunto. En segundo lugar, porque la experiencia pedida es la experiencia como sacerdote, lo que me obliga a centrarme en una faceta de mi vida que he ido entendiendo –desde los primeros momentos de mi vocación sacerdotal, pero más acentuadamente conforme ha ido pasando el tiempo y la labor de su ejercicio– cada vez más como un ministerio que como una condición o estado personal. Y en tercer lugar, porque se me pide que esa experiencia sacerdotal se centre en la Familia Marianista, una realidad tan en movimiento y tan variada, tan de cada día en su novedad y en su crecimiento que no resulta fácil asirla ni definirla. Por otra parte, ¿se nos puede pedir a los seres humanos que contemos la experiencia de respirar o a un pez qué es para él la experiencia del agua, aquello en lo que uno está inmerso casi inconscientemente y que, si embargo, es lo que le hace vivir? Con todo ello quiero decir que me resulta complejo responder a una pregunta aparentemente tan sencilla, pues en el fondo todo depende de lo que se entienda y se haya vivido como “experiencia”, “sacerdocio” y “Familia Marianista”.

Quede de todos modos claro que hablo de mí, de lo que he vivido y como lo he vivido. Tal vez sea discutible, seguro que hay otras maneras de entender y experimentar las cosas, pero esta es mi experiencia y en ese sentido –y solo en ese– es indiscutible. Puede ayudar a los demás o producir rechazo, ser aceptado o considerado erróneo, pero en todo caso es mi experiencia, es mi camino personal como sacerdote en la Familia, tal como entiendo –lo repito– la vida, el sacerdocio y lo marianista.

Nunca entendí el sacerdocio como un estado, un status, y menos como un status privilegiado. En el noviciado no tenía claro si ser sacerdote o no, me inclinaba más bien al no, pero con dieciséis años tampoco sabía muy bien de qué iba todo aquello y tomar al respecto una decisión, que se nos hacía ver como definitiva, me parecía no solo difícil sino equivocado. Todavía no me explico cómo pudo ocurrir aquello, pero conseguí del P. Bernardo que, aunque quedé designado como marianista laico, constara que no se cerraba el camino a una posible evolución y revisión de la situación (al menos eso es lo que me contaron allí). Durante los años de formación y los primeros de trabajo en Valladolid y en el Pilar viví mi vocación marianista laica sin replantearme durante bastante tiempo el tema. Pero la intensa actividad pastoral en el Pilar de Madrid me llevó

a constatar que podía también acompañar esa actividad con la dimensión sacerdotal. Fue así como al cabo de unos años, lentamente y como fruto del contacto con la gente, planteé la posibilidad de ser ordenado. No recuerdo bien los detalles del diálogo para el cambio, pero sí que las dificultades no fueron muchas. En todo caso, para el año 1975, que fue cuando marché a Friburgo, habían pasado cosas significativas. Entre ellas quiero citar el hecho, para mí básico, de que el sacerdocio lo veía como un servicio, una función en la comunidad cristiana y no tanto como una vocación personal o como un “status”, como ya he dicho. Para esa época ya había tenido también experiencia intensa de trabajo pastoral con adultos. El Grupo Scout El Pilar me había puesto en contacto muy fuerte con los padres y madres de los chavales del Grupo, especialmente a raíz de empezar la experiencia de coeducación en la Tropa A de Pioneros. Fueron muchas horas de reuniones con ellos, de estudio del proyecto manejando los pros y los contras, de seguimiento y evaluación de lo que íbamos realizando... Por otra parte, desde comienzos de los '70 (no preciso el año, porque la memoria falla), habíamos puesto en marcha en el entorno del Pilar la Macrocomunidad, “la Macro”, una comunidad de seculares universitarios y padres ligados al colegio que funcionaba como gran grupo (de ahí el nombre) y que aglutinaba a casi un centenar de personas. Fue un precedente de las CLM. Años de enorme creatividad, de vivencia intensa del final del régimen franquista tal como lo vivimos en la Provincia y en el Pilar... Esta fue la primera experiencia personal de trabajo pastoral explícito con adultos y fue enormemente gratificante. Al mismo tiempo, en el colegio colaboré muy de cerca con la Academia Nocturna para empleados que trabajaban en el barrio, hasta su obligado cierre por orden superior; en Vallecas, a donde llegué con José Antonio Romeo el año 72 desde Rafaela Bonilla después del agitado curso 71-72, pude trabajar discretamente con CEMI un par de años y en la parroquia María Reina. Al mismo tiempo, tuve la suerte de incorporarme a las tareas de la Delegación Diocesana de Scouts de Madrid-MSD, de la que llegué a ser Delegado Adjunto con un equipo magnífico que puso las bases de lo que llegó a ser posteriormente la asociación (incorporación de los nuevos métodos de *Scouts de France*, que supuso una renovación total del escultismo tradicional, crear la escuela de formación y los materiales, superar las divisiones y los celos de los Grupos scouts existentes...).

Si cuento esto no es por hacer alardes, sino porque desde muy pronto tuve la suerte de que la misión de la Provincia me fuera poniendo, aun sin ser sacerdote, en contacto con adultos en una clara y explícita acción pastoral. Ejercicios espirituales, asesoramiento, acompañamiento personal, creación de nuevas maneras de estar y vivir en la Iglesia y en la sociedad española, animación de comunidades seculares de diversos tipos... Y con adultos que pertenecían a ámbitos muy plurales, algunos con pocas referencias marianistas y otros con más... En este caldo de cultivo de comunidades y asociaciones nuevas fui tomando conciencia de que mi acción evangelizadora podía incorporar las dimensiones y tareas sacerdotales. Por eso he insistido en que para mí el sacerdocio no era tanto algo ontológico, que afectara a mi ser, como una función eclesial en la comunidad, junto a otras. Es indudable que el Concilio Vaticano II, con su visión de la Iglesia como Pueblo de Dios –tan rápidamente arrinconada por la mucho menos peligrosa y más jerárquica eclesiología de comunión- alimentaba mi manera de entender y vivir todo esto.

Fui ordenado el año 1978 y empecé mi trabajo como sacerdote en España el curso 79-80 en Jerez. También allí tuve la suerte de poder trabajar con adultos desde el principio. Junto al trabajo en el colegio, fui consiliario de un Equipo de Nuestra Señora y trabajé en la Escuela de Magisterio como profesor de filosofía y religión (el último año también como Director adjunto). También el curso 80-81 inició su andadura la primera fraternidad marianista de Jerez, de la que fui asesor los años que allí estuve. Tuve, pues, la oportunidad de seguir mi relación pastoral, pero ya como sacerdote, con un grupo amplio de seglares adultos de distintos ambientes y actividades. Particularmente gratificante me resultó el trabajo en la Escuela de Magisterio, por la labor de promoción que suponía en la zona, el ambiente magnífico que había en ella y la unión del profesorado. Con dolor tengo que reconocer que no dieron los resultados queridos los esfuerzos que hicimos en el último año para asegurar su continuidad, sin poder evitar su cierre.

El verano del año 79, en unas reuniones en Valladolid, un grupo de religiosos poníamos las bases de las Fraternidades Marianistas de la Provincia, trabajo al que me incorporé con entusiasmo, convencido de que era una de las mejores cosas que podíamos emprender.

A partir del curso 84-85, de nuevo en Madrid al cabo de nueve años, volví a encontrarme con muchas de las actividades y de las áreas en que había trabajado, aunque las personas prácticamente eran todas nuevas. Sin embargo, desde la magnífica plataforma que ha sido para mí la pequeña comunidad de San Mateo durante 18 años y actualmente la de Adelfas desde hace 8, he podido continuar muchas de las cosas que había vivido con los adultos y emprender otras nuevas. Especialmente significativa ha sido y es la colaboración con las Comunidades Laicas Marianistas, tanto Fraternidades como CEMI. Recuerdo con especial cariño los intensos años de Asesor Provincial con Santiago García de Vinuesa como Responsable Provincial de Fraternidades, así como lo voy viviendo ahora como Consejero Religioso de CEMI. Pero en este campo lo más importante no es tanto la labor de animación desde puestos de responsabilidad, sino la vida compartida con dos fraternidades desde hace más de veinticinco años y también los ya numerosos años (aunque no tantos) con las comunidades de CEMI con las que me reúno habitualmente. Otras dos experiencias muy importantes para mí han sido la incorporación a la pastoral del Colegio Mayor Chaminade como miembro del Patronato y, sobre todo, como capellán de su capilla (donde celebro y puedo predicar todos los domingos a las 9.15 hs. de la noche), y el trabajo en la Editorial PPC, donde he encontrado una forma digna de terminar mi carrera profesional, ganarme el pan de cada día y, sobre todo, un nuevo punto de referencia eclesial en el campo del diálogo fe-cultura, muy estimulante y que me abre nuevos horizontes. Es de justicia también recordar todo lo que de positivo ha supuesto para mí a lo largo de estos últimos años haber entrado en contacto más frecuente e intenso con las Hermanas, especialmente con la comunidad de Orcasitas. Mientras tanto la Familia Marianista se va haciendo cada día una realidad más consolidada, a pesar de lo mucho que todavía quedaría por hacer en el campo de la misión compartida, de posibles comunidades mixtas, de proyectos comunes y de crecer en una mayor interacción entre iguales.

Hasta aquí, lo que he hecho en el campo de los adultos. Pero tal vez más importante que la enumeración de lo hecho, sea comentar lo que me ha supuesto vitalmente, porque percibo, conforme voy escribiendo, que lo que está por contar es, en el fondo, mi vida, pues no puedo separar los que soy de lo que he ido haciendo con mi existencia compartida (aunque sé que hoy existe una tendencia muy fuerte a oponer lo que uno es y lo que uno hace, lo que me parece enormemente peligroso, pues nos puede conducir a muchos engaños y evasiones).

No quiero alargarme, por lo que reduciré a dos aspectos lo que creo que me ha aportado todo esto.

En primer lugar, creo que haber tenido la oportunidad durante tantos años de compartir mi vida habitualmente con adultos me ha ayudado a –¿me atreveré a decirlo?– madurar humanamente. Ha sido mucha la amistad y el cariño recibidos. La lista con los nombres de amigos y amigas, de hombres y mujeres que me han ofrecido su afecto, su tiempo, su acogida y su ayuda sería muy larga. Todo ello me ha hecho ir descubriendo cosas como la ternura, la relación desinteresada, la gratuidad, el difícil aprendizaje de que no todo es dar sino que también es fundamental aprender a recibir y dejarte ayudar cuando te sientes frágil y desolado... Me ha ayudado a conocerme mejor, a relativizarme y, al mismo tiempo, a afirmarme como persona. He encontrado horizontes y estímulos nuevos, que me han librado de la monotonía o de ver las cosas desde un punto de vista unilateral o demasiado estrecho. He tenido que esforzarme por cultivarme para responder, aunque fuera imperfectamente, a las demandas y necesidades que veía a mi alrededor. Creo que esta relación me ha hecho más realista, me ha ayudado a estar más encarnado en la realidad, que a veces en la vida religiosa se nos queda tan lejos y tan ajena... Me ha aportado, en muchos casos, un mundo de relaciones entre iguales, sentirme uno más, sin que ser sacerdote fuera un privilegio ni supusiera superioridad alguna, lo que creo que nos viene muy bien a religiosos y sacerdotes, tan marcados tantas veces inconscientemente por creernos especiales. En definitiva, creo que me ha enriquecido y me ha hecho, a pesar de mis defectos y mis errores, un ser humano adulto, que no es poco.

Y creo que me ha ayudado también a encontrar mi propio camino en el mundo de la fe. Ya he dicho varias veces que el sacerdocio lo he vivido como una función entre las otras muchas existentes en la Iglesia. Para mí un texto de referencia capital desde hace mucho tiempo ha sido: «Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro padre, el del cielo. No os dejéis llamar jefes, porque uno solo es vuestro Señor, Cristo» (Mt 23,8-10). No he querido ser jefe ni maestro de nadie. Y he tenido la fortuna de que ya en esta época muy poca gente te llama “padre” por ser cura. En el ejercicio ministerial me he movido en ambientes y con personas con las que mantenía no solo relaciones “oficiales” o por cargo sino relaciones personales, lo que creo que me ha permitido ser siempre para ellos más “Diego” que “el padre”. Esto le ha dado un talante concreto de mucha naturalidad a mi actividad y a mi presencia. Por otro lado, el modelo de comunidad por el que he trabajado es una comunidad de creyentes adultos y libres, iguales en lo esencial y solo diferentes por sus funciones en el grupo.

Eso me ha llevado a procurar potenciar todo lo posible la autonomía y la iniciativa responsable de los seglares y puedo decir que, al menos en algunos casos, se ha hecho realidad esa pretensión. En cuanto a la celebración litúrgica, me ha atraído más la sencillez y el contenido que las formas rituales: tengo la suerte de poder celebrar una liturgia muy “doméstica”, con mucha participación de todos, muy simplificada en cuanto a medios y muy descargada de rúbricas. Y, convencido de que la fe del carbonero es buena para el carbonero, pero no para el que no es carbonero, he dedicado mucho de mi tiempo y de mis energías a la formación, pero no por el gusto de lo teórico, sino porque estoy convencido de que, si la fe esclarece el intelecto, también un mayor conocimiento del Evangelio y de la persona de Jesús ayuda a creer más y mejor en estos tiempos recios, en que es necesario dar razón de nuestra esperanza. Es así como a estas alturas creo poder decir honestamente que en las comunidades en que me muevo soy más animador o asesor, que presidente, que con el paso del tiempo he ido pasando en ellas del dirigir y tirar del carro al compartir, que la palabra que pronuncio es más una sugerencia –con el peso y el valor que pueda tener por sí misma y por la experiencia personal que la respalda– que una orden o un imperativo. Eso supone una enorme gratificación y una mayor libertad.

Termino. Queda, a mi modo de ver, lo más importante: cada vez creo más en la posibilidad de una comunidad cristiana de adultos libres e iguales, apasionados del Señor Jesús y cada vez más sensibles a los problemas y necesidades de los empobrecidos de este mundo, una comunidad a la altura de los tiempos y la cultura que es la nuestra, que sea muy secular en sus formas pero muy arraigada en el misterio del Dios de Jesús, sin miedos ante el futuro y sin nostalgias por el pasado; una comunidad cada vez menos auto-referencial, cada vez menos pendiente de sí misma y cada vez más –en la misma medida– abierta a nuestro mundo, ese mundo que sigue siendo el que tanto ama nuestro Dios, que le ha enviado a su Hijo para que encuentre en él la felicidad. Es claro que todo esto también supone capacidad crítica y distancia profética, lo que no me ha resultado cómodo en bastantes ocasiones. Pero puedo decir lleno de agradecimiento que, con muchas limitaciones, he tenido la posibilidad de encontrar esos seglares adultos con los que ir viviendo día a día esta utopía, la utopía del Reino.

*Diego Tolsada, sm*



# G. JOSÉ CHAMINADE, SACERDOTE

## APUNTES PARA UNA HOMILÍA EN EL AÑO SACERDOTAL

*Emilio Cárdenas SM*

El presente “Año Sacerdotal” de la Iglesia Católica nos ofrece la ocasión de reflexionar sobre esta vocación dentro de la Familia Marianista. En su raíz está la persona y la obra del Beato Padre Chaminade. Si san Juan María Vianney, el Cura de Ars, ha sido nombrado por el Papa Benedicto XVI patrono universal para este año, sin duda el Padre Chaminade, también en Francia, sólo unos años anterior al Cura de Ars, lo es especialmente para nosotros, los miembros de la Familia Marianista. Deseo presentar algunos rasgos de cómo entendió y vivió su sacerdocio.

### **“Yo, G. José Chaminade, sacerdote”**

En el documento autógrafo escrito más antiguo que de él poseemos su firma dice: G. José Chaminade, sacerdote. Al final de su vida, en su tercer y definitivo testamento, redactado en circunstancias tan graves, encabeza así el documento: “Yo, Guillermo José Chaminade, sacerdote, aunque indigno, de la Iglesia Católica...”. No es una pura fórmula: reafirma su identidad no sólo jurídica, sino también espiritual ante los que le acusaban de rebelión contra la Iglesia. A lo largo de toda su vida el Beato se presenta como sacerdote y actúa como tal. Es, junto a su nombre y apellido, el primer signo de su identidad.

Su apellido, Chaminade, tiene fuertes resonancias sacerdotales. Es el menor de catorce hijos y el último de los cuatro hermanos sacerdotes. Juan Bautista, el mayor, su formador. Blas, el franciscano y Luis Javier, también condiscípulo de Mussidan.

Justamente en el Colegio Seminario de Mussidan se ha preparado para el sacerdocio y ha entrado a formar parte en la Sociedad Sacerdotal de San Carlos. En sus reglamentos ha aprendido que la virtud propia del sacerdote es el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Antes de su ordenación ha ampliado su experiencia sacerdotal en Burdeos y en París, junto a los sacerdotes de San Sulpicio. Tras la ordenación, ya de vuelta en Mussidan, vive su sacerdocio integrado en una comunidad educativa, en la que se asocian la formación interior de los alumnos y candidatos al sacerdocio con las enseñanzas humanísticas. Chaminade, además de Síndico (ecónomo) será profesor de Física y Matemáticas. La tarea de educador y profesor es así su primera experiencia y expresión de su celo sacerdotal.

### **Identidad de sacerdote refractario y de director espiritual de conciencias**

En la sucesión de acontecimientos revolucionarios Chaminade se afirma como sacerdote fiel a la Sede Apóstólica, con todos los riesgos que ello conlleva. Su ministerio sacerdotal abraza la administración de sacramentos con la dirección de conciencias. Su misión de reconciliar a los sacerdotes juramentados le lleva a reflexionar sobre la identidad y misión

del sacerdote. Desde el punto de vista de la espiritualidad sacerdotal es también importante el plan de vida trazado para Teresa de Lamourous que desea entregarse a Dios como víctima. Hoy día el estilo y el vocabulario de tal espiritualidad nos resultan extraños, pero al ofrecerse a Dios, Teresa está ejerciendo su sacerdocio bautismal y Chaminade la acompaña en su proceso. Teresa no es una simple dirigida, es también hermana y compañera en el proceso espiritual. Chaminade tiene una gran admiración por ella. También él ha de aprender de ella a vivir el sacerdocio, como se ve en sus cartas de dirección escritas en Burdeos y en Zaragoza. En Zaragoza, junto con los sacerdotes franceses que se encuentran allí refugiados, deberá de nuevo repensar su ser y misión de sacerdote. Esto se explicitarán en la petición a la Santa Sede del título de Misionero Apostólico.

### **El celo contagioso del misionero apostólico**

El título de Misionero Apostólico encauza y orienta su celo sacerdotal a su vuelta a Burdeos. Con este título reactiva la Congregación de la Inmaculada Concepción. A los congregantes (laicos y seglares) les instruye con frecuencia acerca del sacerdocio de Cristo. Les recuerda su sacerdocio bautismal (por el bautismo, el cristiano es profeta, sacerdote y rey, repite con frecuencia), y sobre todo desea imbuirles de celo. Ya hemos señalado que es la virtud característica del sacerdocio. Se encuentra en la Biblia, sobre todo en el Antiguo Testamento, pero también en el Nuevo. Los discípulos que ven a Jesús purificar el templo de Jerusalén recuerdan lo que se dijo: "El celo por tu casa me devora". Chaminade, que cita con asombrosa facilidad la Biblia (en latín), habla con frecuencia en sus instrucciones del sacerdocio en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Pero lo que es significativo es que instruye en ello a los laicos.

El celo es un rasgo imprescindible en los Congregantes. Para la Congregación instituye un Oficio de Celo, que luego trasladará a las dos órdenes del Instituto. (Véase el empobrecimiento bíblico y teológico ocurrido al traducir "Oficio de celo" por "Oficio de vida religiosa"). Los primeros congregantes con votos privados harán voto de celo. Chaminade se preocupa de formarles en el celo apostólico, para que sea ardiente pero discreto, evitando lo que hoy llamaríamos despectivamente "proselitismo". Con este celo, los laicos viven sin duda su sacerdocio bautismal. De este celo sacerdotal participa también María. Ella no sólo es la madre oferente, sino también la activa madre llena de celo por la salvación de sus hijos. Del celo de María viven los Congregantes y después las religiosas y religiosos.

Pero el celo lleva también a consagrarse a la gloria de Dios. Para Chaminade el cristiano no se gloria a sí mismo, sino que da a Dios la gloria. Hay un pasaje litúrgico que espiritualmente le interesa, la conclusión del Canon, que hoy llamamos la Plegaria Eucarística: "Por Cristo.... a Dios Padre Omnipotente.... en el Espíritu Santo todo honor y gloria por los siglos...". Vale la pena recordar con qué profundidad instruye sobre esta doxología. Últimamente hemos asistido en España a una pobre discusión acerca de quién puede o no pronunciarla. En la controversia parecen haberse manifestado sobre todo ciertos celos sacerdotales. La discusión ha servido poco, que yo sepa, para penetrarse de celo por la gloria de Dios, que era el tema que a Chaminade le fascinaba.

El Papa Juan Pablo II en la encíclica sobre la eucaristía explicó que el Magnificat es una plegaria eucarística, proclamada “por Cristo, con Él y en Él” por María embarazada de Jesús (ojo, mujer y laica). Chaminade enseñó a sus hijos la doxología “El Padre, el Hijo... por la Inmaculada Virgen María.” Sin duda la entiende como un acto de celo del congregante... y del religioso. Un celo que en su origen es sacerdotal.

Chaminade se preocupó, aunque dentro del estilo de la época, de introducir en la liturgia a sus discípulos. Las reuniones, las instrucciones y los sermones se van desplegando al ritmo del calendario de fiestas litúrgicas. En las sucesivas ediciones del *Manuel du Serviteur*, el librito de devociones de la Congregación, se preocupó por incluir los evangelios de los domingos y de introducir en la espiritualidad del tiempo litúrgico. Se preocupó mucho de enseñar a orar... y de enseñar a vivir los sacramentos, tomándolos como tema de meditación y de instrucción. Era su modo de hacer vivir con mayor intensidad el sacerdocio bautismal de los fieles.

Concluyo que es muy de señalar cómo Chaminade se tomaba en serio el sacerdocio de los fieles. Profundizó en el sacerdocio de Cristo y promovió caminos al sacerdocio de los fieles, dedicando a él sus esfuerzos, quizá de modo más significativo que al sacerdocio sacramental, posiblemente porque tuvo que consagrarse más a menudo a la formación de los laicos que de los sacerdotes. Pero se preocupó de dar a los laicos una formación y una dirección de primera, y no de segunda categoría.

### **Formador de sacerdotes**

Chaminade encaminó a muchos jóvenes al sacerdocio. Le parecía una vocación muy importante. Pero cuando buscaba vocaciones para la Congregación o para la Compañía de María le interesaba que sobre todo se dedicaran a potenciar la fe y el celo de los laicos. Sólo así creo que hay que entender la expresión de Chaminade de que los sacerdotes han de ser la sal y la luz de la SM. A Chaminade le hubiera gustado mucho la expresión de Benedicto XVI en la homilía en la inauguración del Año Sacerdotal: “Los presbíteros hemos sido consagrados para servir, humilde y autorizadamente, al sacerdocio común de los fieles” (19 de junio de 2009). El beato estuvo en contacto con numerosos sacerdotes en vistas a su ingreso en la SM, pero con frecuencia no disponían del permiso de su superior ordinario para hacerlo. También estuvo cerca de integrar a alguna comunidad sacerdotal entera. Eso también le sirvió para explicitar mejor la misión de los sacerdotes al interior de la Compañía. Le preocupaba el discernimiento vocacional de los candidatos al sacerdocio y su formación. Hay frecuentes comentarios de ello en sus cartas. Querría que hubiera muchos sacerdotes, pero más que el número le preocupaba su calidad: “no se cuentan, se pesan”, es su comentario con un pico de ironía.

Chaminade es un sacerdote instruido, culto. Aprecia el estudio y le dedica mucho tiempo. Cita con asombrosa facilidad y abundancia la Biblia, en latín. Le interesan los libros y prepara a conciencia sus instrucciones. Los candidatos al sacerdocio tienen que estudiar. Les explica que es su contribución específica a la ley universal del trabajo. Tienen que estar bien preparados, aunque sobre todo los quiere “celosos”. De nuevo viene el tema sacerdotal del celo.

No podía dejar de haber sus ambiciones y lucha por el poder entre los primeros marianistas –¡los hubo entre los apóstoles!–. Ello le sirvió de ocasión para discernir y delimitar la función y la autoridad de los sacerdotes y de los laicos dentro del conjunto de la SM. Hay épocas enteras en que casi a diario se cruzan las cartas a tres bandas con el tema insistente: “Pero vamos, ¿aquí quién manda?”

Quizá dio demasiado peso y responsabilidad a la “clase sacerdotal”, que luego le fallaría. Aunque no sólo la ambición de ciertos sacerdotes lo acorraló al final. El Jefe del Oficio de Trabajo, que no era sacerdote y mandaba más que todos ellos, tuvo su buena parte en los sufrimientos de los últimos años del beato.

### **Buen pastor**

Chaminade fue un buen pastor. En el Prefacio “de pastores” que se recita en el día de su memoria le damos así gracias a Dios: “Porque nos concedes la alegría de celebrar hoy la memoria del beato Guillermo José Chaminade, fortaleciendo a tu Iglesia con el ejemplo de su vida, instruyéndola con su palabra y protegiéndola con su intercesión”.

Su vida de sacerdote, su palabra sacerdotal y su intercesión nos obtengan la gracia para llegar, como él tanto deseaba, a la más alta santidad.

*Emilio Cárdenas, sm*

*Varsovia 2010*